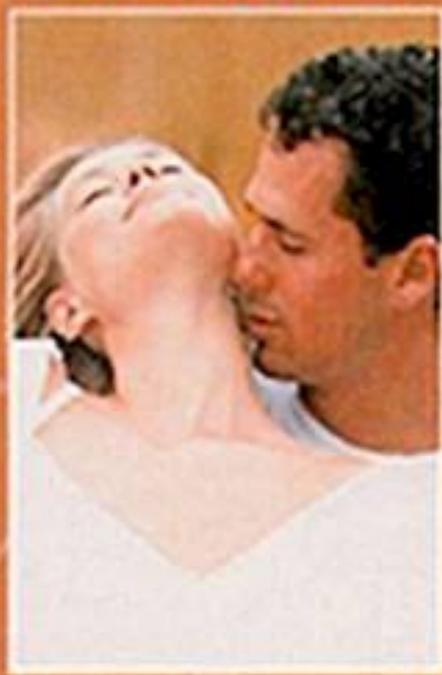


CORÍN TELLADO



Matrimonio obligado

— *Publicación* —
CORÍN TELLADO

Greg era un joven campesino que, a base de voluntad y esfuerzo, consiguió construir un pequeño imperio. Lo tenía todo, excepto una mujer a su gusto; y pensó que para conseguirla solo era cuestión de imponer su poder. Nada se le resistía. Pero tropezó con Peggy, una joven muchacha rebelde y de fuerte personalidad, dispuesta a vengarse de la humillante situación a la que Greg la tenía sometida, y a luchar por recuperar lo que injustamente le habían arrebatado.

Capítulo 1

Peggy no daba crédito a lo que veía. Pero el caso es que lo estaba mirando, de pie, erguida, tan desconcertada y asombrada que hasta miedo le daba contemplar la enjuta figura que se perdía, como derrumbada, en el sillón orejero.

Max Hamilton dormía con fatiga. Vestía pantalón arrugado y suéter de lana sobre una camisa a cuadros. Calzaba botas, y en las suelas se apreciaba el barro seco.

Peggy dejó el bolso de viaje en una esquina de lo que había sido un precioso salón y ahora era algo que se le parecía tan solo, y giró todo el cuerpo.

Era ella una joven de apenas veinte años, esbelta, bien vestida, con clase. Llevaba un traje pantalón rojo y, debajo, una blusa blanca. Calzaba zapatos tipo mocasín, negros, de medio tacón. Rubia, de ojos pardos, grandes, de mirada directa y firme y, en el fondo, un tanto melancólica.

Amanecía. El sol mortecino apareció en la línea del horizonte, y Peggy buscó a los sirvientes por la casa, en otros tiempos preciosa y a la sazón casi destartada. Cinco años antes había por lo menos un centenar entre el servicio interior y los que trabajaban en los campos de aquellas parcelas enormes que pertenecían a los Hamilton, ubicadas en las afueras de Oklahoma City.

Había llegado en el tren, a primera hora de la mañana, y tomó el primer taxi que halló en la estación.

Su primer asombro fue ver que en los pabellones cercanos a la casa apaisada no había luz ni movimiento y que los patios permanecían silenciosos, como el resto del valle. Y más asombro le causó todavía girar en torno a la casa y hallar la puerta trasera abierta. En otros tiempos, seis perros lobo guardaban la fortaleza, y a la sazón no se oía un solo ladrido.

—Ray, Helen —gritó.

Un silencio absoluto.

Peggy caminó de un lado a otro y volvió a gritar:

—Ray, Helen...

Eran los criados de toda la vida y suponía que, aun faltando todos los demás, ellos jamás dejarían solo a su padre.

Recordaba perfectamente la alcoba que ocupaba el matrimonio formado por Ray y Helen en la planta baja. Se acercó a la puerta, y golpeó con los nudillos en ella.

—Ya va, va —dijo una voz, en la cual ella reconoció a Ray.

Casi en seguida se abrió aquella puerta, y apareció Ray ya vestido con su traje de pana y su aire desganado.

Primero no la reconoció. Bien fuese porque se había despertado al primer grito, o porque ella, cinco años después, era... «Diferente». O también porque nadie la esperaba de aquella forma brusca y casi intempestiva.

—Ray, soy Peggy —dijo ella emocionada.

Ray dio un salto.

Y, en vez de abrazar a su señorita, a su niña querida, entró en la alcoba gritando:

—Helen, Helen, es Peggy. Peggy. ¿Me estás oyendo? Peggy está aquí.

—Oh, oh... —se oyó en el interior de la alcoba. E inmediatamente apareció una mujer de grises cabellos, vestida de negro y con los ojos húmedos de llanto.

Peggy, de súbito, se abrazó a ellos y se apretaron sus rostros. Los tres juntos, y los tres lloraban.

Fue un momento emocional intenso. Pero después llegó la calma, el miedo de Ray y de su mujer y el deseo de saber demasiadas cosas en un instante.

—He visto a papá en el salón. Está desconocido. Ray, ¿por qué papá se ha dormido, vestido, en la orejera del salón? ¿Y por qué la casa está tan abandonada? ¿Por qué no hay perros? ¿Y los criados que vivían en los pabellones cercanos?

Hablaba bajo, pero las palabras se sucedían unas a otras a borbotones.

Ray la asió de la mano y la metió en la alcoba. Después entró Helen, y el mismo Ray cerró la puerta.

Quedaron los tres mirándose de hito en hito.

—Peggy —dijo Ray con voz extraña—, tenía entendido que tu padre no deseaba que volvieras aún de Londres.

—Precisamente por eso vine. Una puede estar ausente de su casa un año, dos, quizá tres, pero cinco son demasiados. Recibí una carta de papá hace un mes escaso y me decía de nuevo que siguiera estudiando. También recibí el dinero que me enviaba cada mes. Esta vez lo pensé detenidamente y no pedí permiso para volver. Aproveché el viaje de unos amigos que viven en Denver y me vine con ellos en su avión particular, y de allí en tren hasta Oklahoma City. No avisé de mi llegada porque estaba harta de que papá me escribiera cada año para decirme que me quedara en Londres un año más. Se acabó. Mi vida está aquí. Y, además, arte y decoración se estudian en cualquier parte. Por otro lado —se dejó caer en el borde de la ancha cama de los dos sirvientes—, no me gustan ni el arte ni la decoración. Me encanta mi tierra y montar a caballo por esos prados y riscos... Adoro el campo.

Ray y Helen, de pie, la escuchaban pesarosos, pero en silencio.

—Papá era un hombre fuerte cuando me fui. Musculoso, de buen color. No tenía esas enormes ojeras que le circun-

dan los ojos, ni dormía vestido y con las botas llenas de barro.

—Llovió mucho ayer —dijo Ray por toda respuesta, como si todo lo demás no lo entendiera.

Helen lanzó una breve mirada sobre el rostro crispado de su esposo. Después guió los ojos hacia Peggy, que seguía sentada, con el rostro alzado esperando una explicación.

Pero, afortunadamente para los criados, se oyó una potente voz que gritaba desde alguna parte:

—Ray, Ray, ¿dónde demonios estás? Helen, tráeme una taza de café cargado, negro y caliente.

Peggy se levantó como impelida por un resorte.

Helen salió corriendo, y Ray la seguía a toda prisa.

Peggy fue tras ellos.

En la puerta de lo que un día fuera un lujoso salón estaba, erguida, la figura de Max Hamilton, con su traje de pana, sus polainas aún llenas de barro y una visera a cuadros cubriéndole la cabeza.

Peggy se le quedó mirando.

Y él parpadeaba mirando a su hija, a quien sí conocía, pero que parecía negarse a reconocer.

Cinco años cambian mucho a una persona, sobre todo cuando esta persona es una chica de quince años, larguirucha y sin ninguna gracia femenina. Aquella cosa larga de coletas rubias era ahora una mujer espléndida, y estaba allí. ¡Allí! Donde Max Hamilton hubiera preferido, ante todo y sobre todo, que no estuviera. Pero el caso es que estaba.

Y se miraron uno a otro como si fuesen dos desconocidos.

Max tenía el ceño arrugado, y sus ojos pardos casi se juntaban. La mirada era brillante, pero, en el fondo, desilusionada.

—Papá —dijo Peggy avanzando a toda prisa.

Y se abrazó a él.

Max alzó un brazo con desgana y apretó contra sí el precioso cuerpo de su hija.

—Peggy, te dije... Te escribí... Te mandé dinero como siempre...

La apretaba nerviosamente. Se notaba que su alegría de verla era aún superior a su contrariedad de tenerla allí.

—Papá —siseaba Peggy casi llorando—, papá, estás muy desconocido.

—Vamos al salón —dijo Max sin soltarla—. Vamos. Me has desobedecido.

—Es que no podía más, papá. Nunca estuve contenta en Londres, ni me gustaba lo que estudiaba. En cambio, echaba de menos el campo, los ríos, los montes, estas inmensas praderas, incluso el olor del ganado.

—El café, señor —les interrumpió Helen desde la puerta portando una bandeja.

Detrás apareció Ray con otra.

—Peggy, te traigo el desayuno. Seguro que tienes apetito.

Nada.

Las cosas no eran como cuando las había dejado.

Sentía una alegría enorme de ver a su padre otra vez pero, al mismo tiempo, su corazón parecía herido por una espina corrosiva. ¿Qué viento devastador había entrado en su casa de antes?

¿Qué enfermedad padecía su padre para verse en aquel estado deplorable de esqueleto viviente?

—Déjalo ahí, Ray —dijo, no obstante—, y pon la bandeja de papá en esa mesa, Helen. Yo le serviré el café.

Helen y Ray salieron a toda prisa como si escaparan de algo que conocían y no querían escuchar.

La puerta se cerró despacio, y cuando Peggy giró, ya su padre se hallaba de nuevo hundido en su sillón orejero.

—Tu café, papa. ¿Cuántos terrones? Ya me olvidé de ese detalle.

—Sin azúcar, Peggy.

—Recuerdo que antes lo preferías dulce...

—Dame el café —apremió él algo ausente.

El día había aclarado del todo y el sol invernal iluminaba el salón.

Peggy, pensativa, se sentó enfrente de su padre y, tras servirle el café, se sirvió otro para sí y le echó dos terrones. Lo removió con lentitud. Hamilton, en cambio, lo tomó de dos tragos largos y él mismo se sirvió otro.

—Papá, café amargo y sin comer a estas horas...

—Me hace bien, Peggy —y volvió a repetir con un acento desolado—. No debiste venir. Estabas muy bien en Londres. Te lo pedía en mi última carta, Peggy. Te decía muy claro que esperarás un año más.

—No voy a seguir estudiando —aclaró Peggy con energía—. Estoy gastando dinero y eso no me sirve de nada. Me gusta el campo y soy tu única hija... Deseaba verte, papá, y aproveché un viaje de unos amigos que lo hacían en su avión particular. Me dejaron en Denver y tomé un tren. No avisé de mi llegada porque deseaba darte una sorpresa. Pero me parece que la sorprendida soy yo.

El padre se levantó de súbito.

No tenía el suéter puesto, sino una chaqueta de pana, como el pantalón. Se apreciaba que sus gritos le habían despertado y se había puesto la chaqueta sin saber de dónde procedían los gritos y a quién pertenecían.

—Tengo que salir —dijo—. Hablaremos después.

—Papá.

Él volvió la cara.

Estaba algo morena, pero era enjuta, tan delgada que se le notaban los huesos de las mandíbulas.

—Acomódate —le recomendó, sin preguntarle por qué le llamaba—. Yo tengo mucho que hacer en el centro.

—Pero papá, dime, dime, ¿es que en casa no hay más servicio que Ray y Helen? Cuando me fui había por lo menos doce personas, y en los patios se amontonaban los

aperos de labranza, los caballos, y también las personas. Y ahora todo está desolado. Parece que ha cruzado un huracán por aquí.

—Y quizás haya cruzado. Te veré en otro momento, Peggy. Ahora te digo que tengo mucho que hacer.

—Pero dime, dime, papá —e iba corriendo hacia él, que intentaba ya cruzar el umbral—. ¿Estás enfermo?

—¿Enfermo? —Parpadeaba desconcertado—. Claro que no.

—Has adelgazado mucho.

—No siempre uno está mejor por tener carne encima, Peggy.

—Pero no dormías en tu cama. Estabas dormido en ese orejero cuando yo llegué, y no tenías la chaqueta puesta.

—Habré madrugado mucho. A la hora del almuerzo te veré, Peggy. Vendré lo antes posible.

Y se fue a toda prisa.

Peggy intentó detenerlo de nuevo, pero ya Ray aparecía por el patio con el caballo ensillado. Max montó en él y se fue al galope.

El centro de Oklahoma City quedaba a unos escasos cinco kilómetros, y el caballo de Max, con él de jinete, galopaba ya en aquella dirección por una carretera particular, que desembocaba en el sendero que conducía a la autopista.

Peggy, con la cara pegada al ventanal, miraba cuanto le rodeaba.

Todo parecía abandonado, aunque las tierras estaban profusamente sembradas. No había una sola zona, hasta donde alcanzaba la vista, que estuviera yerma.

Eso le indicaba que, si bien no veía a los peones, por allí andarían, si lo único abandonado de verdad era la casa apaisada.

Tendría que poner orden allí y saber por dónde andaba el resto del servicio.

Retornó al salón y miró con desgana y enojo los sillones deshilachados, los suelos sucios de barro, las alfombras demasiado pisadas. Y los cortinones, que fueron preciosos en sus tiempos, cinco años antes, recién muerta su madre de aquella súbita enfermedad infecciosa, cuando la enviaron a ella a Londres a toda prisa, caían ahora sobados, viejos, como si durante años no hubieran sido renovados ni sacudidos.

«No debí estar lejos tanto tiempo —se dijo malhumorada—. Tendré que pensar que mi presencia aquí era necesaria».

Tomó el café y decidió entrevistarse con el servicio, llamarles al orden y que todos se pusieran en función para poner la casa al día, renovar las tapicerías y los muebles, si era preciso.

Se dirigió a la cocina, donde esperaba ver a Ray y a Helen.

Y, en efecto, allí estaban. Mirándose ambos, sentados, como perdidos, en dos banquetas no demasiado altas, ante la enorme cocina y no lejos de la alargada mesa que, en un ángulo, estaba siempre preparada y rodeada de sirvientes. A la sazón estaban ellos solos.

Al verla, Ray y Helen se levantaron prestos.

—Las maletas las tiene ya en el cuarto —dijo Ray apurado.

Y Helen añadió, apurada, como su esposo:

—He colgado tus ropas en los armarios y los cajones. Las maletas las guardé en los altillos de los armarios. Si es que te vas a quedar, porque, si marchas de nuevo, en seguida hago tu equipaje otra vez.

Peggy se recostó en el umbral. Miraba aquí y allí. La cocina estaba muy limpia. Si bien no era nueva, tenía aún algo de sabor de hogar. No como antes, por supuesto.

—¿Dónde está el servicio? Desde que llegué solo os vi a vosotros.

Ray y Helen cambiaron una mirada significativa. Ray parecía decirle a su mujer: «El señor no le dijo nada». Se diría que Helen le respondía con la mirada: «Pues nosotros tampoco».

—Será mejor que vayas ahora a descansar. Estarás rendida. Te acompaño a tu cuarto. Nadie lo usó desde que te fuiste, y yo lo limpio todos los días.

Capítulo 2

El potro de color negro que montaba Max Hamilton no llegó al sendero que conducía al centro. Max se detuvo en una tasca que había en mitad del camino y ató el caballo.

Al verlo el tabernero, le saludó con un:

—Buenos días, señor Hamilton. Aquí tiene lo suyo.

Y puso sobre el mostrador una copa de ginebra.

Max la bebió de un solo trago.

—Otra, Tom.

—Sí, señor.

Y de nuevo Max la tomó sin pestañear.

—Ponlo en mi cuenta.

Después de dicho lo cual, salió a toda prisa, desató el caballo, montó en él y tomó el sendero que conducía al interior del valle.

El potro galopaba y Max Hamilton miraba al frente con obstinación. En seguida vio ante sí una portalada y un letrero:

«Rancho Walker», leyó con una saña extraña.

Y cruzó la ancha cancela a galope. Había por lo menos un kilómetro que recorrer por carretera privada antes de llegar a la mansión de Greg Walker, y Max no detuvo su montura.

Tenía mucha prisa y, si bien sabía con lo que iba a encontrarse, por lo menos quizá Greg tuviera un poco de caridad para la situación por la que él atravesaba.

En seguida vio la inmensidad de los terrenos y la cerca del ganado y no muy lejos las otras cercas que cerraban a los potros salvajes que más tarde serían domados y vendidos para carreras, para particulares o para lo que fuese. Incluso para exportarlos.

El patio que bordeaba la casa era enorme y se veía mucho movimiento. Había también dos inmensos camiones cargando frutas de la estación en cajones que se cerraban y se pesaban en una báscula de tamaño comercial enorme.

Al sentir el galope del caballo, muchos rostros se volvieron, pero, al reconocerlo, se alzaron de hombros y tornaron a sus quehaceres.

Sin desmontar, Max Hamilton frenó su montura y preguntó con voz ronca:

—¿Dónde anda Greg?

—Aquí —dijo una voz no menos bronca afluyendo desde una terraza.

La casa estaba cubierta de yedra y plantas. Las terrazas se extendían de lado a lado. Las escaleras de granito relucían, y las paredes blancas, como recién pintadas, contrastaban con el verde de las ventanas.

Max desmontó y ató el caballo a un poste.

Después subió aprisa las escaleras hasta llegar donde estaba Gregory Walker.

Era éste un tipo alto, musculoso. De cabellos lacios de tono castaño claro, y ojos de color canela, fríos, secos, despóticos.

Vestía pantalón bombeado de montar. Altas polainas y un grueso suéter de lana de cuello alto.

—Apesta a ginebra, Max. ¿Ya has ido por la taberna de Tom?

—Vamos dentro —dijo Max apresurado.

—Menos prisas —replicó Greg secamente.

Tenía el rostro moreno y parecía cuadrado, de helado gesto.

Adusto, como huraño, y ante todo despótico.

—¿Qué diablos buscas aquí?

—Te digo que pases dentro. No quiero que me oiga nadie. Y, por favor, dame una ginebra.

—¿Y cuántas van, siendo aún las diez de la mañana Max?

—Si no entras, soy capaz de matarte, Greg. Esta vez sí...

—Tus bravatas no me asustan. Pero pasa, si gustas.

Y, descaradamente, pasó él primero.

Cruzó un ancho vestíbulo preciosamente decorado, con muchos ventanales y macetas, muebles de noble madera labrada, y pasó después a un salón que partía del vestíbulo por una puerta corredera de cristales de colores pálidos.

El salón era una preciosidad de austeridad y buen gusto.

—Sírvete tú si gustas —dijo Greg indiferente, sacudiendo la fusta sobre sus leguis.

Se hallaba de pie en medio del salón. Su rostro adusto, curtido por el sol y los aires, parecía más el de un peón que el del dueño de aquel imperio.

Veía sin inmutarse cómo Max Hamilton iba hacia el bar esquinado y se servía una ginebra y después otra.

Respiraba hondo.

—Ya estás colocado, Max —dijo Greg inmutable—, pero, si te apetece, sigue.

Max enjuto, avejentado al máximo, pues con sus cincuenta y pocos años parecía tener setenta, miraba a Greg con espanto.

Sus ojos parecían saltarle de las órbitas.

—Peggy ha vuelto —dijo nerviosamente.

Greg se le quedó mirando desconcertado.

—¿Peggy? —preguntó impertérrito—. ¿Tu hija?

—Sí. ¿Acaso tengo más?

—¿Y qué me dices a mí, Max? Eso es cosa tuya y de ella. La recuerdo apenas —fruncía el ceño como buscando en su mente—. Aguarda, recuerdo algo de ella. Era larguirucha, lacia, con dos coletas enormes y calcetines que le

llegaban a media pierna. Recuerdo también que la llevabas en tu Land Rover a un colegio privado. Yo entonces ya había dejado los estudios y me importaban un rábano.

—Greg, yo te juro... Tú nunca me perdonaste. Jamás has olvidado y así me has dejado...

—Alto ahí, Max. Alto. Y te digo que no vuelvas por aquí para recordarme el pasado. Eso queda muy lejos. Me he partido el alma y los huesos haciendo de unas ruinas un poderío, y yo no soy culpable de haber trabajado noche y día y tú haberte tirado a la bartola y además hacerte como hoy eres.

Max estiraba un dedo delgado y moreno y lo señalaba con desesperación.

—Nunca me has perdonado. No has perdonado a nadie. Eres un resentido y un desalmado, y ahora yo... yo... ¿qué le digo a mi hija?

—Me tiene sin cuidado lo que le digas. ¿Qué has venido a buscar aquí? Hace siglos que solo te veo de refilón por las tabernas, bebiendo como un cosaco.

—¿Y quién es culpable de eso?

—Oh, no —y levantaba la fusta haciéndola restallar en el aire—. Eso sí que no. Yo no asumo tus propias responsabilidades. Yo me propuse algo y lo conseguí, pero, referente a lo tuyo, te aseguro que te libré de una ruina cierta y contundente, pero yo no la provoqué. Yo lo que hice fue negocio.

—Tú, desde aquello, has perdido toda consideración hacia el prójimo.

—¿Y bueno? ¿Acaso el prójimo tuvo consideraciones conmigo? Lárgate, Max, y, si vino tu hija, será mejor que la mandes de nuevo a donde estaba y aquí se acabó la cuestión. A mi casa procura no venir a beber. Largo.

Max se iba tambaleante.

—Un día te mataré, Greg. ¡Te mataré!

—Ya mataste antes, Max. Si no con una pistola o un cuchillo, sí con tus incisivas mentiras. Dejemos las cosas como